Nº 46

JUAN MENENDEZ PIDAL.

EL CONDE

DE

MUÑAZAN.

(LEYENDA.)

MADRID:

LIBRERÍA DE MARTINO MURILLO, CALLE DE [illegible] NÚM. 7.

LIBRERÍA DE MIGUEL OLAMENDI, CALLE DE LA PAZ NÚM. 6.

1880.

BU
267
(6)

MUÑAZAN.

BPE Burgos
3547607 BU 5267 (6)
1247607
BU 5267 (6)

B.J.
N.C. 135429
N.T. 28923
C.B. 1247607
BU
5267
(6)

JUAN MENENDEZ PIDAL.

EL CONDE

DE

MUÑAZAN.

(LEYENDA)

PRECEDIDA DE UN PRÓLOGO DEL ILLMO. SR. D. ANTONIO BALBIN DE UNQUERA, BIBLIOTECARIO DEL CONSEJO DE ESTADO.

BIBLIOTECA PROVINCIAL DE BURGOS

MADRID:

LIBRERÍA DE MARIANO MURILLO, CALLE DE ALCALÁ NÚM. 7.

LIBRERÍA DE MIGUEL OLAMENDI, CALLE DE LA PAZ NÚM. 6.

1880.

Es propiedad de su autor, que se reserva todos los derechos que la ley concede.

Búrgos, 1880.—Imp. de la viuda de Villanueva.

PRÓLOGO.

«*Per te poeta fuí, per te cristiano.*»

DANTE.

A misma palabra *leyenda*, con ese profundo sentido que la formacion del lenguaje presta á los vocablos, nos está diciendo la época en que predominó, el estado de la sociedad á que respondía este género literario y hasta la forma propia de su exposicion; *Leyenda*, del latin *legere*, escoger y leer, narracion que puede al mismo tiempo servir de instruccion y de solaz en tiempos en que las clases menos acomodadas ejercitaban sus fuerzas en oficios mecánicos y las aristocráticas se avergonzaban de saber leer; narracion que presenta como la flor de las costumbres de la edad media y que corre de boca en boca de los rapsodas ó cantores, medio vestida con armadura y con traje de corte, satírica unas veces, otras

religiosa, siempre popular y sentida como correspondia á siglos en que la supersticion y la fé se dividian el homenaje y la veneracion de los pueblos. Historias de santos y cuentos de demonios, *lays* de amor, cantos de gesta: hé aquí las formas de esas narraciones, así líricas como épicas, en que las modernas lenguas neo-latinas lucían sus primeras galas. Por eso el poeta era bien recibido en el castillo feudal, porque como los *escaldas* y los *bardos* cantaba las guerras y como Ossian vislumbraba en las nubes las sombras de los antepasados del señor, era bien quisto en las casas del pechero, porque pechero tambien, aunque consagrada su frente por la inspiracion y su mano por la lira, sábia como se canta un dolor y como se pulimenta una lágrima y como se escriben epitáfios á víctimas olvidadas por todos y querido en el templo, cuando cantaba himnos á la Religion y glosaba un milagro é invitaba como Francisco de Asís á las avecillas para que soltasen sus melodiosas voces en loor de Dios, creador de la ciencia y del arte y de la vida, de quien desciende todo dón perfecto y á quien se remonta toda aspiracion laudable.

Sí, esa es la leyenda de la edad media, voz como de víctima enterrada entre ruinas que ha escuchado y reproducido nuestro siglo para presentarnos cómo fueron el castillo señorial, la cabaña del pechero y el templo donde ambos se bautizaban y enterraban. Mil de aquellas tradiciones recogió Dante y con ellas tegió la delicadísima trama de su *Divina Comedia*: mil quedan todavia que olvidará sin duda la edad presente, más ganosa de cantar lo presente y lo porvenir que de ensalzar y llorar lo pasado. En este afan de la moderna

poesía por buscar nuevos ideales conculca muchas joyas de otra edad, caidas como semilla entre peñas, que no darán fruto; mas por fortuna, entre los que vuelven con amor la vista á la edad media sin ser románticos, sinó religiosos se contarán nuevos cultivadores de un género que se ha creido muerto y que revive en sus liras con todo el esplendor de otros siglos. Zorrilla inició este renacimiento en la escuela romántica, la escuela pasó, el género ya modificado tomó entre nosotros carta de naturaleza. Mientras poemas como el *Diablo Mundo* y el *Fausto* y *Don Juan* se comentan y necesitan glosas como las leyes de Justiniano y no están destinados sino para los sábios, reviven los verdaderos cantos del pueblo, que no es filósofo, ó si lo es, no se jacta de ello, ni es clásico ni romántico, ni realista ni idealista, sino de todo un poco sin afectacion ni espíritu de sistema. Él sabe que no hay pais que no guarde tradiciones poéticas de buena ley, como no hay corazon del todo desprovisto de ilusiones; él sabe que las estalactitas de las cavernas misteriosas no brillan ni fulguran sino cuando las iluminan las antorchas que llevan los viajeros, bien así como las tradiciones aguardan al poeta que las hace pasar con su mágico estilo de lo popular y sencillo á lo literario y elevado. Y el pueblo moderno quiere á esos poetas y si no les dá asiento en sus festines, dá puesto á sus rimas en el hogar, tan bien alumbrado por la llama de la leña y por el fuego de la inspiracion que parece apagado y muerto si alguna deja de alumbrarlo.

La poesía épica y la dramática están hechas para el aire libre, la lírica y la legendaria para la casa. En

el templo que construia Dido no parecian mal las hazañas de griegos y troyanos y allí Eneas podia llorar recordándolas; en los banquetes de la edad heróica podrán cantar Demodoco y Homero; entre nosotros el poeta lírico es el mejor recibido, ya sea de los admiradores de lo pasado, ya de los profetas de lo venidero. Ni para los cuadros de gran tamaño hay sitio en nuestras moradas, ni para las grandes narraciones épicas lugar en nuestros sentimientos. La poesía épica gustó siempre del misterio, de lo maravilloso, de la máquina celeste, infernal ó alegórica; fué entre todas las creaciones poéticas la menos verdadera. Lo que Adamastor no pudo hacer en el cabo de las tormentas, aterrar á los intrépidos navegantes de Camoens, lo hace tal vez en la poesía lírica la voz de una débil mujer ó el remordimiento y la agitacion de una conciencia, de donde resulta que la lucha en el corazon del héroe es mayor y el interés en los lectores más intenso. Porque Virgilio es el mas lírico de todos los épicos, empuña una palma que no han podido arrancar de su mano vicisitudes que privaron de su cetro de oro á los imperios. Ese privilegio de la lírica es el distintivo de la leyenda, y más diremos, de la leyenda de la edad cristiana, no de la del Norte en los Eddas, ni de la que produzcan, si alguna producen, las modernas ideas de los incrédulos llevadas á la literatura. Cuando vemos en nuestra hermosa lengua uno de estos cantos, antójasenos ver junto á las flores artificiales de muchos pequeños poemas, decantados representantes del siglo, la bellísima rosa pavoneándose sobre su trono de espinas ó la gota de rocío tapizando á la mañana el verdor del campo ó

el iris tendiendo las franjas de su veste de inimitable color sobre las pobres creaciones del pincel del mejor artista.

¿Qué tienen á su disposicion los poetas enamorados de lo antiguo para labrar esas joyas? La historia y la fè, esta sobre todo, la que fabricó las catedrales que se ufana en concluir; pero que no hubiera pensado ni acaso podido levantar nuestro siglo. La virtud y el vicio, la hermosura y la deformidad, la eterna muerte y la perpétua bienaventuranza pueden describirse con sus colores y cantarse con los sones de su lira. El ángel que vela el tabernáculo y el que desafía al mismo Dios y el que le vence en combate librado sobre las nubes, todos se modelan con el cincel de Isaias que alguna vez tuvieron prestado Klopstock y Milton. Cuando la muerte se extasía con esa divina música, la creacion literaria cristiana cruza los siglos entre barreras de incredulidad como los hebreos el mar Rojo entre olas encrespadas y carros hechos trizas entre acciones de gracias de los redimidos y blasfemias de los condenados, porque el ideal de aquella poesía fué dado por la Providencia, no por un autor de sistemas. Como la yedra trepa por el muro, así sube la cuesta de los siglos, como las estrellas resplandecen y palpitan sobre el negro manto de la noche, así brilla el poema épico y la leyenda cristiana entre la discorde gritería de los poetas filósofos á la moderna. Unos semejan á Virgilio, parécense los otros á Lucrecio; ¿quién de los dos, á pesar de las indisputables dotes del segundo puede ser más elogiado en su edad y en cuantas le siguieron? Lo

propio de la edad media queda como formando marco, el espíritu cristiano es el lienzo.

El autor de la leyenda que hoy presentamos al público y que nos ofrece tan gallarda muestra de su ingénio, tiene en su aljaba más flechas que disparar contra la incredulidad, y es uno de esos pocos enamorados de lo que fué, á quienes no es dificil levantar el velo que oculta sus perfecciones, como el de la Isis Egipcia. En el conde *Muñazan* ha resucitado lo maravilloso de la fé y lo maravilloso de la supersticion que están mezclados en la leyenda de la edad media, como en los campos cizaña y trigo. Le han bastado unos cuantos paseos por Astúrias y unas cuantas reflexiones sobre estos paseos para concebir el plan de muchas leyendas cristianas, de las que se usaban cuando peleaban moros y cristianos: incredulidad y fé, historias y fábulas, lo temporal y lo eterno. Hé aquí la primera; con el color del edificio antiguo, con el brillo de la estátua recien hecha con rasgos que nos recuerdan la leyenda de San Antolin en Palencia, la de San Eustaquio en mas remota antigüedad, la de San Bruno y Santa Genoveva en París, y todo presentado en grandes líneas concluidas, con ese pincel en otro tiempo de todos los pintores y hoy solo de contados ingénios. ¿Qué ha de inspirar el templo al que no lo vé, ni la religion á quien no la siente? La moderna filosofía se ahoga bajo las espaciosas bóvedas de las catedrales, tiene otras los principios de su sistema. El moderno cantor del *Satanás*, Carducci, que ha prostituido á este asunto el idioma de Dante, los poetas del pesimismo como Leopardi nos parecen murciélagos batiendo sus poderosas y gigantes

alas contra las paredes de lóbregas cavernas, vientos que luchan en las cárceles de Eolo, estrellas encerradas en jaulas, génios que pagan en un purgatorio literario las faltas de su siglo y de sus sistemas. ¡Cuánto mejor les fuera no haber nacido en aquel ni aprendido estos! Porque entre el misticismo y el pesimismo hay esta diferencia; uno y otro describiendo como nada este mundo, parecen desesperarse; pero hay consuelo para uno y no para otro; al fin del uno está la nada, como antes del principio de las cosas; al término del otro se vislumbra el cielo. Aquel se alegra alguna vez, este nunca; uno puede trasfigurar la penitencia, otro no logra ennoblecer el dolor y lo sufre sin mérito y sin inspiracion lo canta. El autor del conde *Muñazan* ha elegido la mejor parte, como cumple al poeta cristiano, que posee un maravilloso instrumento literario siempre antiguo y siempre nuevo.

Que tiene privilegiadas dotes descriptivas, lo prueba la pintura del salon feudal, donde *las espadas fosforecen* y la crónica de gesta es *deletreada* por el paje, descripcion que parece de Walter Scott, el anticuario novelista, la de la fuga del conde, como la de Absalon por el bosque donde quedó preso por su malhadada cabellera, la del templo donde el señor feudal elige celda ó sepulcro, que sinónimos venian á ser en el lenguaje de la edad media. Las *Canidias* de Horacio no valen lo que las hechiceras de la leyenda cristiana, porque no tenian aquellas tanto poder al bajar la luna del cielo, como estas al precipitar las almas al infierno; el Aquelarre es una creacion de la poesía de pueblos cristianos, lo mismo que la llamada *misa negra*. La *danza de los muertos* es otra obra

poética superior á todas las evocaciones de la mágia tesálica y vale tanto en literatura como el espectáculo de la muerte para la direccion de la vida. Hé aquí rasgos de la leyenda cristiana, que se asoman en la del conde *Muñazan* y que nos hacen recordar en este tipo el del caballero *Incógnito*, que dirige los hilos de la intriga en los *Esposos* de Manzoni. Esto en cuanto al fondo; la belleza de la forma por sí misma se hace patente á nuestros lectores en el romance, en las octavas, en el octosílabo y en el endecasílabo; la intriga es sencilla y sin embargo interesante; los personajes pocos, pero completamente definidos; los dos amantes que figuran en la leyenda, como caballeros de su época, obran mas que hablan; que no era entonces tan raro que galanteasen los pajes y disfrutasen del amor los caballeros. El autor es sobre todo á nuestro juicio poeta descriptivo y religioso, mejor para la narracion que para el diálogo; para que lo adivine muchas veces el lector más que para enterarle de todas las circunstancias de la accion que relata.

Comienza la noche; Alvar y María no advierten su llegada ocupados en ese amor tan rápidamente descrito, gustan de sus delicias *á la espartana*, de priesa y como de oculto, porque es inminente el peligro. El Sr. Menendez Pidal sorprende una palabra del mancebo, es un juramento de enamorado que como cristiano no se atreve á concluir y espira en los lábios, como el dia en las lindes del horizonte; ni extrañamos ni sentimos esta suspension de palabras, que no es suspension de afectos. Menos hablaba *Muñazan* en la soberbia cámara; pero obra con mayor energía. La venganza camina

entre sombras; pero con precipitacion, y elige el momento en que más goza la víctima para descargar mas rudo el golpe. La edad media llamaba *misericordia* al arma traidora que descargaba este golpe, como los antiguos llamaban *Euménides* á las furias. Al servicio de un señor tratando de vengarse, estaba, exceptuando la Iglesia, toda la organizacion feudal, hasta la construccion de las casas y la forma de las ciudades. La mejora de las costumbres trajo la regularidad á las poblaciones y á los campos, y cosa rara, si las ciudades se alumbraron por la noche, hubo necesidad de poner luces ante las imágenes del Salvador, de la Vírgen y de los Santos. Los retablos en las calles representaban una gran mejora material y moral, que no por desaparecer de los muros, dejará de quedar consignada en las historias. El autor del *conde Muñazan* describe rápidamente la muerte del amable D. Alvar y tambien la expiacion del matador; pero no sin presentarnos antes la figura de un monje, que amaba al conde con todos sus defectos y con todos sus crímenes con amor parecido al que Sócrates, el más justo de los hombres del gentilismo, profesó al mozo Alcibiades, el más corrompido de los atenienses. La figura del monje Felix es digna de figurar en esa tapicería que va á tender el autor de *Muñazan* ante las épocas de la edad media, que convertirá en objeto de sus cantos. Otra escena en el templo formando contraste con la de Alvar y María en el castillo terminará el poema, abierto con el crímen, se cerrará con la penitencia. Uno y otra nos dan á conocer les goces verdaderos y los mentidos, comprados

unos con sangre y otros con lágrimas, tales como los describia el autor del *Zodiacus vitæ* diciendo:

«Mirisque fruuntur
Deliciis, quas humanum nec fingere posset
Ingenium, nec mortalis percurrere lingua.
Hic est verus mundus, vera entia, veræ
Divitiæ, veri mores et gaudia vera;
Ast hic sunt umbræ tantum, simulacraque rerum,
Frivola, quæ parvo momento ut cera liquescunt. (1)

Creemos no defraudar las esperanzas que con estas palabras conciban nuestros lectores y que leida esta obra esperarán como nosotros nuevas leyendas inspiradas en el mismo espíritu y dotadas de iguales bellezas; por nuestra parte felicitamos al autor y le recomendamos que España y Astúrias en particular sean las canteras de donde saque tan hermosas piedras. Si el gusto del público pide hoy pequeños poemas, dénsele enhorabuena; pero como los daban San Gregorio Nacianceno, San Dámaso y otros poetas cristianos, poemas de fé y no excépticos para probar á la generacion contemporánea que las musas no están desterradas de la cristiana república y que pueden esperar plácemes y lauros los que á la poesía religiosa se dediquen. Bellísimas descripciones de templos y ceremonias religiosas hemos visto en poetas de poca fé; pero no lo eran tanto que pudiesen satisfacer á

(1) Marcellus Palingenius Stellarus.—*Libra.*—Amstelodami. —1628.

á las almas creyentes; nadie sabe expresarse bien en otra lengua como en la que le sirvió de intérprete desde la cuna, en la perpetua confidente de sus goces y de sus penas. Como habla en esta el Sr. Menendez Pidal, no es maravilla que sus templos no se parezcan á los de aquellos poetas, que no estén desiertos, que en medio de sus tinieblas destellen rayos de luz, y que ofrezca, aunque jóven, tan bellos rasgos esa poesía que cultiva. El que ha descrito con tan bellos rasgos la cámara de *Muñazan* podrá mañana describir bien un palacio, y el que ha recogido de los campos de Bedon la flor que ponemos en manos de nuestros lectores, podrá, cuando quiera ofrecerles con las que á su lado crezcan mas abultado y hermoso ramillete.

Antonio Balbin de Unquera.

2 de Noviembre 1880.

EL CONDE DE MUÑAZAN.

I.

En medio de la salvaje
y enmarañada espesura
de una selva triste, oscura,
que desgreña el huracan;
levanta su negra torre,
por los vientos azotada,
la solitaria morada
del conde de Muñazan.

Espaciosas galerías
de sombra y rumores llenas,
que vibran de cien cadenas
al tembloroso crugir;
curvas bóvedas sonantes
á cuyos lóbregos huecos
llegan los lejanos ecos
en el silencio á dormir;

Huecos cubos, que repiten
el sordo rumor del viento
y el graznido áspero y lento
de los cuervos al pasar;
gigantes cláustros sombríos,
que alumbra el sol débilmente,
donde zumba únicamente
el ronco estruendo del mar:

Vive allí el conde: arrullado
por tan bárbara armonía,
se forjó en su mente impía
que él era del mundo el rey,
y no respetó en su orgullo
ni al grito de la conciencia,
ni al honor, ni á su ascendencia,
ni á la pátria, ni á la ley.

Nunca ensilló su caballo
para marchar á la guerra.
En tanto que por su tierra
no llegue el árabe á entrar,
le importa muy poco al conde
venza el Rey ó el Agareno;
que *él* dice, que en coto ageno
jamás le gustó pisar.

La bizantina capilla
de su morada suntuosa,
yace abatida y ruinosa;
el musgo en ella creció.

Las tumbas de sus mayores
vénse en el suelo volcadas,
y sus cenizas sagradas
el viento desparramó....

Qué le importa! Mientras quede
la sala del homenaje,
donde forjando un ultraje
pueda gozar y reir;
¿qué le importa que se arruine?
si en el pecho despiadado
no hay respeto hácia el pasado
ni temor al porvenir!

No respetaba á ninguno,
ni una ofensa perdonaba;
indiferente miraba
el bien lo mismo que el mal;
gozaba humillando, altivo,
al miserable pechero,
y al soberbio caballero
miraba como á un rival.

Tan solo no desdeñaba
el fuego de Amor intenso;
que *él* sentía amor inmenso....
No sentía más tal vez!
Y sus sentimientos ruines,
su figura despreciable,
le hacian ser execrable
con desprecio y timidez.

Que era Muñazan un hombre
de no muy alta estatura,
barba corta, tez oscura,
de aspecto triste y feroz,
los pómulos muy salientes,
melena greña y poblada;
era el rayo su mirada
y como el trueno su voz.

Caminaba siempre solo,
y casi siempre salia
cuando ya espiraba el dia
y empezaba á oscurecer;
y alguna vez solamente,
llevaba por compañero
un monge anciano y austero
que le enseñaba á creer!

Era un fraile del convento
de Villamayor, amigo
de su padre, fiel testigo
de su fé y de su bondad.
Por eso, triste, lloraba
al ver al hijo malvado
pervertido y entregado
en brazos de la impiedad.

Y le daba mil consejos
llenos de amor y ternura;
condenaba su locura;
le recordaba su honor;

pero el conde no escuchaba
las fablas del santo anciano,
que le predicaba en vano
con evangélico amor.

Pues cuando sentia á veces
turbada su indiferencia,
y agitada la conciencia
por el dolor ó el pesar;
llamaba á sus servidores,
mostrando sonrisa impía,
y, anhelante, les decia
para las penas calmar:

—«Hierva el espumoso vino
en labrados cangilones.
Que halagüeñas ilusiones
no hallen en mi pecho fin....
Ardan las brillantes téas
por cien pages sostenidas;
queden mis penas dormidas
á los ecos del festin.»

Y así pasaba la vida,
hollando santos deberes,
entre orgías y placeres
que secan el corazon,
aquel conde envilecido
que en el fondo de su pecho
no invocaba mas derecho
que el grito de una pasion.

Contaban dél por doquiera
mil extrañas aventuras:
que allá en las criptas oscuras
de su castillo feudal,
oíanse débilmente
los gemidos lastimeros
de donceles prisioneros
que lloraban por su mal.

Que, oculto, iba de una bruja
á la misteriosa estancia,
y allí de la nigromancia
juntos charlaban los dos,
evocando frias sombras
para que su estrella velen.
¡Que creer en brujas suelen
los que no creen en Dios!

Que alguna vez se escuchaban
por la noche en los salones,
primero confusos sones,
crugir de espadas despues;
y que en los húmedos fosos
habian sido encontrados
ropages ensangrentados
y pedazos de pavés.

Así al pasar los viajeros
junto al castillo temian,
y mudos palidecian
llenos de espanto y terror;

y apresuraban el paso
ya casi instintivamente,
y bañábase su frente
de un angustioso sudor.

Parecia que la sombra
de aquel castillo gigante
llenaba el alma al instante
de melancólico afan:
creian ver agitarse
tras de su torre atezada,
aquella terrible espada
del conde de Muñazan.

II.

Cerca de la mansion del Conde Múnio,
pues aunque Muñazan todos le llaman,
Múnio Rodriguez Can era su nombre
segun antiguas crónicas relatan,
habitaba Rodrigo de las Múrias
en una fortaleza bien cercada,
que á la ribera del Bedon opuesta
sus orgullosas torres levantaba.
Intrépido soldado en otro tiempo,
bizarro campeon en cien batallas,
hoy vivia tan solo recordando
gloriosos hechos de su edad pasada.
Muy anciano era ya: blanca tornóse
su cabellera con su blonda barba,
cual pálido giron de errante niebla
que el viento de la muerte entre sus ráfagas
va á arrebatar cruel; y en desengaños
tornáronse tambien sus esperánzas.
Y así contempla, con mirada triste
como del dia la postrer mirada,
aquel castillo que en su edad primera
recuerdos de placer grabó en su alma,
aquel castillo que acogió mas tarde
el glorioso laurél de sus hazañas,
y que hoy despierta en su abatida mente

gloriosos hechos de la edad pasada.
Que allí contempla el arqueado cláustro
Do en infantiles juegos disfrutara;
allá el cuerpo de guardia silèncioso
donde, al redor de la oscilante llama
sentados los peones vigilantes,
fantásticas leyendas le contaban;
y allá colgadas en el pardo muro,
mudas y rotas, tristes y olvidadas,
el arpa en que romances amorosos
en largas soledades entonara,
la espada que esgrimiera en cien combates,
la fuerte cota, y la feudal campana
que en lento son le apellidó al fonsado,
y celebró su triunfo alborozada
en mil esferas agitando el viento
al verle regresar de las batallas.
Todo triste lo vé: la esbelta ojiva
donde su castellana le aguardaba
de la lucha al tornar; y aun le parece
que sus canciones por los cláustros vagan;
aun cree que su sombra allí se agita;
aun sueña, cuando duerme, que descansa
entre sus tiernos y amorosos brazos
de las rudas fatigas de las armas.
Pero todo ha pasado presuroso
como las sombras que la luz apaga,
como las nubes que en el éter flotan,
como la espuma que el turbion arrastra.

No le queda en el mundo mas consuelo
que su bella María, idolatrada

prenda de aquel amor de que le restan
gratos recuerdos que conserva el alma.
Su apostura gentil, su hermoso rostro,
su angelical y lánguida mirada,
llegaron á encender dentro del pecho
del conde Múnio la amorosa llama.
Ella le despreció, porque queria
con todo el corazon, con toda el alma,
al hidalgo y valiente caballero
Alvar de Soberron, en quien miraba
satisfecho Rodrigo de las Múrias
un fiel continuador de sus hazañas
por su valor probado, y por su alcúrnia
digno retoño de su ilustre raza.
Y así en su orgullo Muñazan herido,
sobre la cruz juróle de la espada
con la espada lograr en algun dia
lo que el desprecio entonces le arrancaba.

Espiraba una tarde de verano;
de esas tardes de luz y aromas gratas;
de esas en que colmado de alegría
se ensancha el pecho y se adormece el alma.
En medio de la sombra y del silencio
de las frondosas selvas solitarias,
se escuchaban los silbos temblorosos
que el cantor de los bosques entonaba.
Lanzaba el mar de su agitado seno
los gemebundos ecos, que espiraban

cual débiles suspiros amorosos
en el confin de la desierta playa;
y las blancas palomas con cien giros
volaban en alígera bandada,
y del poniente sol los tibios rayos
en sus alas de nieve se quebraban.

Desde una corva y elevada ojiva
de esbelta construccion, que se rasgaba
en una torre del feudal castillo
que las oscuras yedras adornaban,
miraban espirar la tarde hermosa
una esbelta doncella que, apoyada
en el rico y marmóreo barandaje,
parecia que absorta meditaba,
y un apuesto garzon de noble porte
que bebia el amor en sus miradas.
Eran María y Alvar que, gozosos
al arrullo de alegres esperanzas,
en su dicha quedábanse adormidos
y á cien sueños de amor se abandonaban.

Era María candorosa y bella
cual es la madreselva solitaria
que crece entre las sombras de los bosques
del mundo y de los hombres olvidada;
de mirada mas dulce y amorosa
que la sonrisa de la luz del alba,
y de un alma mas cándida y mas pura
que la hervorosa espuma que agitaban,
al batir con los muros del castillo,
del tranquilo Bedon las claras aguas.

Ceñía su gentil y esbelto cuerpo

luenga garnacha de arrocada manga
que, haciendo pliegues, á su talle oprime
con cairelado ceñidor de grana.
Las largas crenchas de su negro pelo
sobre su pecho con desden bajaban;
y orlaba su cabeza magestuosa
de jazmin bien oliente una guirnalda.

Alvar era un bizarro caballero
de rizada melena y rubia barba,
apuesto y amoroso cual ninguno,
y el mas valiente que ciñera espada.

Platicaban de amor: y acobardado
por vez primera, el valeroso Alvar
dijo á María, que de anhelo llena
sonriendo escuchaba sus palabras:
—«El fuego de ese sol que va á extinguirse
de la tarde los céfiros lo apagan,
pero la llama que en mi pecho alienta
no habrá brisas que puedan apagarla;
porque si sigue al sol la oscura noche....

Apenas pronunciara estas palabras
escuchóse el galope de un caballo
que de polvo entre nubes avanzaba,
y apareció montado en negro bruto
un hidalgo doncel de faz tostada.

Al pasar junto al muro del castillo
donde los dos amantes platicaban,
resbaló el alazan. En la alta torre
sonó una estrepitosa carcajada.
Tiró el ginete de la floja brida;
levantóse el corcel con fuerza extraña;

al alto mirador el caballero
dirigió amenazante una mirada:
clavó los acicates con empuje;
mordió los lábios; se mesó las barbas,
y se perdió mas rápido que el viento
del bosque umbrío entre las verdes ramas.

El fiero ardor de la mirada aquella,
dejó al momento la sonrisa helada
en los rosados lábios de María.
Bajó la frente el valeroso Alvar!
De alegres se tornaron pensativos:
cambiaron sorprendidos sus miradas,
mudos de asombro el contemplar al rostro
del doncel que en el bosque se internaba.

Era el de Muñazan: al conocerle
tembló María de terror turbada,
y derramó dos lágrimas que puras
surcando fueron sus megillas pálidas.

III.

La voz de alerta, el vigía
dió, con voz ronca y pausada,
desde una torre elevada
del castillo de María;

y, cada vez mas incierta,
se oyó cual un eco oscuro
una voz de muro en muro
que iba repitiendo: ¡alerta!

En un extenso salon
de gótico artesonado,
duerme el buen conde sentado
sobre un tallado sillon.

Y en un almohadon de grana
que el arte adornó á porfía,
yace sentada María
cabe una ojival ventana.

Y pulsando de un dorado
laud las cuerdas sonoras,
hace mas breves las horas
de la ausencia de su amado.

Al son del dulce instrumento
que tañe con mil primores,
canta cántigas de amores
con melancólico acento:

canta romances de amor,
que en ocasion halagüeña
le enseñó su anciana dueña
estando con su amador.

Mas luego suspira y llora,
quedando en dolor sumida
al recordar la partida
del galan que la enamora.

O, alegre y enamorada,
ya se acuerda placentera
del dia en que se partiera
cuando le ciñó la espada:

y *él*, colmado de amargura,
le juró, de amor llorando,
amarla siempre, besando
la cruz de la empuñadura.

Así de tiempos mejores
al recuerdo sonriendo,
ó por el amor sufriendo,
llora y canta sus amores.

En tanto charlando están

del foso junto á una puerta,
su anciana dueña Norberta
y el conde de Muñazan.

Y el que allí tan mano á mano
viera á los dos platicar,
no hiciera mal presagiar
algun mal no muy lejano.

Que por todos es sabido
y á ninguno se le esconde,
que es un descreido el conde
y por lo mismo un perdido.

Y aunque algunos no creen nada
de lo que della otros juran,
malas lenguas aseguran
que es una bruja malvada.

Y, sin pecar de cruel,
puede darse testimonio,
de que *él* es dado al demonio,
y *ella* está en pacto con él.

—«Ya pronto viene.» La anciana
decia al conde.
—«Lo sé.»
—«Y *ella* le espera con fé
todo el dia á la ventana.

Y su nombre al recordar,

me enseña triste y llorosa
una ajorca muy preciosa
que le regaló al marchar.

Y, con cariño y terneza,
la dá un beso suspirando.
Despues la frente inclinando
por *él* fervorosa reza:

Que en *él* tiene la cuitada
siempre el pensamiento fijo....»
—»Y de mi nada os dijo?»
—»De vos no se acuerda nada.»

—«Ingrata! De amor colmado,
porque mi pena calmase,
yo le pedí que me amase,
ante sus plantas postrado.

Yo que ante ningun mortal
me postré, por vida mia,
ante *ella* humillé aquel dia
todo mi poder feudal.

Y *ella* con calma terrible
que helaba mi corazon,
despreciando mi pasion
contestó: *¡Me es imposible!*

Y á otro amó. Jamás creyera
que aquello que, por mi nombre,

nunca logró ningun hombre,
una mujer consiguiera.

¿A mi nadie hacerme ultraje!
Poderme á mi despreciar,
sin ir ahorcado á adornar
la torre del homenaje!

¡Con soberbia altanería
despreciarme una doncella?....
La perdono.... ¡que sin ella
yo tampoco viviria!

Pero á aquel que á mi despecho
quiso llamarla su amada,
yo le juro, con mi espada
helar su amor en su pecho.»

—«Dejaos ya de plañir
de la suerte los rigores.»
—«Norberta, sin sus amores
me es imposible vivir!

Y así de su amor avaro,
cuando ya no sé que hacer,
vais, buena Norberta, á ser
cual siempre mi único amparo.

—«Yo? Ya sabeis que por vos
hice aquello que he podido....»

—«Tambien vos teneis sabido
que sé pagar, vive Dios!»

—«Sepamos.»
—«Quiero que deis
porque cese mi agonía,
á la hechicera María
un filtro de esos que haceis:

de esos que con ignoradas
yerbas que vos solamente
conoceis, pasion ardiente
dán á las almas heladas.

Porque vuestro amaño artero
ella inocente al libar,
su desden llegue á trocar
amor hácia mí sincero.

¿Lo entendeis?»
—«Voime enterando!»
La bruja entonces responde,
sobre la espalda del conde
la seca mano posando.

—«Mas calmad luego mi afan.
¿Me otorgais vuestro favor?»
Y ella le dijo:—«Su amor
será vuestro Muñazan.»

Y, con andar reposado

y temblorosa cabeza,
entróse en la fortaleza
por un postigo excusado.

Y el conde, sin decir nada,
en el embozo metiendo
su rostro, fuese perdiendo
camino de su morada.

La voz de alerta, el vigía
volvió á dar con lento son
desde un alto torreon
del castillo de María;

y cada vez mas incierta
se oyó, cual un eco oscuro,
una voz de muro en muro
que iba repitiendo: «¡alerta!»

IV.

Reina la noche en sepulcral silencio;
y vénse entre las sombras débilmente,
las murallas, las bóvedas y el puente
que presta paso á la mansion feudal.
Y en espaciosa cámara adornada
de tapices, arneses y blasones,
se aduerme el conde Múnio entre ilusiones
sobre un tallado lecho denogal.

En un sillon magnífico que ostenta
rico guadamacil de oro bordado,
en actitud humilde está sentado
un jóven y gallardo servidor.
Tiene una antigua crónica en sus manos,
y una gigante y sinigual pelea
en ella, entusiasmado, deletrea
para arrullar el sueño del señor.

Una gótica lámpara, oscilando,
arde con luz opaca y mortecina;
y al fulgor de la llama que se inclina
mecida en melancólico vaivén,
se agitan negras sombras misteriosas,
fosforece el perfil de las espadas,

y las cien armaduras que colgadas
en los muros fantásticos se ven.

El conde ya dormía. Por el sueño
vencido el paje reclinó la frente,
y de las rudas manos lentamente
el viejo pergamino le cayó.
Siguió el silencio fúnebre reinando;
siguió tambien durmiendo el jóven paje,
y en el ancho salon del homenaje
un rumor que avanzaba se escuchó.

Meciéronse un momento los tapices;
las sombras confundidas vacilaron,
y las pendientes armas se chocaron,
débilmente crugiendo al oscilar;
de la gótica lámpara labrada
columpióse la llama con pereza;
alzó el paje, asustado, la cabeza
aquel ruido confuso al escuchar:

y apareció en la cámara un mancebo
en un manto bermejo recatado,
con paso presuroso y agitado
cual perder no queriendo la ocasion.
Bajó el embozo con gentil presteza
mostrando en su sonrisa el regocijo.
Llegóse al conde; le llamó, y le dijo:
—«Hoy con el alba cruzará el Bedon.»

Saltó Múnio del lecho presuroso.

Vistió su ropa con primor bordada;
prendió en los tiros la terrible espada,
que todo á su poder supo rendir....
Alzó el tapiz pesado con soltura;
con negro capellar cubrió el semblante,
y siguió, silencioso y anhelante,
al que vino su sueño á interrumpir.

Al cruzar Muñazan á aquellas horas
por el cuerpo de guardia, los soldados
que de la lumbre en derredor sentados
de sus hechos burlábanse quizá,
rindiéronle confusos homenaje;
turbados y en silencio se miraron;
y—¿dónde irá!—despues se preguntaron....
!Dios lo sabe tan solo dónde irá!....

V.

Del alba al fulgor primero
puesta en la cuja la lanza,
Alvar, el buen caballero,
por un tortuoso sendero
con paso ligero avanza.

Y á compás que el bruto trota
por el ginete aguijado,
al viento ondulando flota
la abigarrada garzota
de su casco acicalado.

Lleva de empresa una flor
pintada en su adarga oval,
y este mote en derredor:
«*Absencia non toll'amor*
del cavallero leal.»

Y en verdad que si al partir
del lado de su adorada
juró amándola morir.
tras larga ausencia al venir
no amenguó su amor en nada.

Y bien lo dice el afan

con que aguija á su corcel;
que los dos cansados van,
de correr el alazan
y de dar espuelas *él*.

Bien lo dice su semblante
que su amor no heló el olvido
dentro de su pecho amante,
y que camina, anhelante,
en cien recuerdos sumido.

Cuanto mas avanza, ansioso
siente su pecho latir
lleno de amor, que gozoso
escucha ya tembloroso
el mar cercano gemir:

y, débilmente bañada
por la luz del nuevo dia,
columbra ya su mirada
la parda torre almenada
del castillo de María.

Y todo lo que al marchar
vió triste cual torvo sueño,
de larga ausencia al tornar,
lo vuelve todo á mirar
con un tinte mas risueño.

Que por el llanto velado
lo vió al partir á la guerra,

y hoy lo vè de afan colmado
como el mísero expatriado
que torna libre á su tierra.

Así hufano, el caballero
soñaba dicha y ventura,
cuando un bulto vió que, artero
cruzando apriesa el sendero,
fué á ocultarse en la espesura.

Mas el apuesto garzon
nunca á recelo importuno
dió abrigo en su corazon,
y á la orilla del Bedon
siguió sin temor ninguno.

Y apenas en su carrera
avanzára un corto trecho,
se oyó silbando ligera
una flecha que certera
fué á clavársele en el pecho.

A él ambas manos llevando
exhaló un débil gemido,
y un momento vacilando,
de sangre el arnes bañando
cayó en el suelo tendido.

Cual se arroja el lobo hambriento
á su presa abandonada,
salió del bosque al momento

un mancebo, que violento
clavó en su pecho una espada.

Entre el mortal estertor
á su cobarde enemigo
contemplando, con rencor
Alvar le dijo:—«¡Traidor!
Muñazan, yo te maldigo!....»

Y, con sonrisa de hiel,
el asesino malvado
contestó altivo y cruel
al moribundo doncel:
«¡Jura-Dios, que me he vengado!

Y el largo estoque con brio
prendiendo al cinto, ligero
cruzó por un puente el rio,
y allá del bosque sombrío
se alejó por un sendero.

. . . . . .
. . . . . .

Alvar murió. Por doquier
que á vil traicion sucumbiera
la fama llegó á extender;
mas nadie pudo saber
quien fué el que muerte le diera.

VI.

Ya la tarde va espirando
y aun María está aguardando
la vuelta de su amador;
cual la flor de la pradera,
que lánguida el beso espera
del rocío bienhechor.

Desde gótica ventana,
cuya oriental filigrana
trepó la yedra á adornar,
á una vereda con pena
dirige, de angustia llena,
sus miradas sin cesar,

Anhelante y amorosa,
por parecer mas hermosa
á su amante se afanó,
y con muy ricos tocados,
con caireles y brocados
su cuerpo gentil ornó.

En una crencha tegida
cae su melena tendida,
aumentando su beldad,
sobre su seno inocente

que de amor colmado, ardiente
palpita con ansiedad.

Y al par que un airoso lazo,
oprime su ebúrneo brazo
una ajorca de valor
que *ella* mil veces besára!
La ajorca que le donara,
al partirse, su amador!

Y mas que una fada bella,
contemplaba la doncella
la tarde triste morir;
dirigiendo de contino
sus miradas al camino
por do le viera partir.

En su amorosa locura,
en la senda le figura
la sombra de su doncel
cualquier bulto que aparece,
que luego se desvanece
y su esperanza con él!....

Por fin, de esperar cansada,
á la luz ya desmayada
del sol que se vá á ocultar
brillando, de polvo denso
miró por el aire extenso
pálida nube flotar.

Despues, la nube rasgando,
un corcel que galopando
avanzaba, llegó á ver;
y, *es Alvar*, dijo anhelante,
y al puente bajó al instante
llena de gozo y placer.

Ciega, de amor en un sueño,
por recibir á su dueño
entrambos brazos tendió
del corcel á la llegada,
y en sus brazos la cuitada
tan solo el aire estrechó.

Caballo sin caballero
era el que por el sendero
viera la niña venir:
el caballo de su amado
que allí llegára, avezado
aquel camino á seguir.

Bien lo conoció María
que en su corazon sentia
un desengaño fatal!
Y el rico arnés guarnecido
al ver en sangre teñido,
cayó en desmayo mortal....

Y todo despues lo supo:
la negra suerte que cupo
al desdichado garzon;

que por mano aleve y fiera
de muerte herido cayera
á la orilla del Bedon!

Pasó el tiempo: sin consuelo,
sumida en penoso duelo,
lento lo vió trascurrir
María con amargura.
Que en tan grande desventura
le es enojoso vivir!

El buen Alvar fué enterrado
en un convento fundado
por la cristiana piedad
de sus ilustres mayores,
y deudos y servidores
lloráronle en orfandad.

Y allá junto al manso rio,
en aquel bosque sombrío
que baña débil la luz;
del doncel mas valeroso
como recuerdo piadoso,
alzóse una pobre cruz.

Y de la anciana Norberta
acompañada, ya muerta
la antorcha de su ilusion,
junto á la cruz por su amante

iba María, constante,
á llorar en su afliccion.

Mas la desgracia seguia
á la inocente María
con empeño por doquier;
y aumentando su martirio,
tras de un extraño delirio
la razon llegó á perder.

Los sencillos amadores,
dicen que loca de amores
la inocente se volvió:
las viejas al diablo dadas,
que de unas aguas fadadas
allá en el bosque bebió.

Y un peon, que con cuidado
cierta plática ha escuchado,
afirma, y es la verdad;
que un filtro de amor le diera
una maldita hechicera
con engaño y falsedad. (*)

Loca la infeliz estaba!
Y que era un sueño, soñaba,

(*) El P. Feijoó, en conformidad con otros autores y apoyado en testimonios de Plutarco, Aristóteles, Cuspiniano y Bayle, afirma que el único efecto que producian esas pociones y drogas destinadas á conciliar el amor, llamadas comunmente filtros, era quitar el juicio y á las veces tambien la vida á los que las tomaban, efecto de las sustancias venenosas que entraban en su composicion.

su angustiosa languidez.
Mas luego con amargura,
cuerda en su misma locura,
lloraba triste otra vez.

Y de la anciana Norberta
acompañada, ya muerta
la antorcha de su ilusion,
aun acudia constante
junto á la cruz, por su amante
á llorar en su afliccion.

VII.

—«Ensilladme el potro tordo
y aprestadme las espuelas;
dadme el arco bien templado,
y de la alcándara á priesa
sacad el mejor falcon
de cuantos allí se encierran.»
Así Muñazan decia,
con voz temblorosa y recia,
asomado al corredor
que sobre un cláustro se eleva,
á dos de sus servidores
que allí se hallaban; y apenas
tuvo tiempo de bajar
las tortuosas escaleras,
ya estaba su órden cumplida,
y un paje, rodilla en tierra,
calzóle los acicates,
sostúvole la estribera,
y montado hubo el conde
puso en sus manos las riendas.
Tomólas éste en silencio:
aguijó al bruto con fuerza
y por largos subterráneos
salió del castillo afuera.
A cazar iba el buen conde

para aliviar su tristeza,
que ha tiempo que no descansa
torturado por las penas,
desque le negó su amor
María, la jóven bella
por quien él con pasion loca
todos sus dominios diera.

Melancólica es la tarde.
Velado por nubes densas
el claro sol, se mecían
las frondosas arboledas
al soplo ardiente y pesado
del viento, que vaga en ellas
arrastrando entre sus giros
del bosque las hojas secas.

Ni un ave cruza el espacio,
ni un rumor alegre suena.
Solo se escuchan, del rio
al rasgarse entre las breñas
los temblorosos acentos
que la soledad atruenan;
del ave, oculta en el nido,
que débilmente aletea,
el sordo estremecimiento
que produce en la maleza,
cual corazon que palpita
en sus congojas postreras;
y el gemido lastimero
de los vientos, que remedan
el doloroso suspiro
de un alma que vaga en pena....

Al arrullo de estos sones,
sumido en congoja inmensa
quedóse el conde, inclinada
sobre el pecho la cabeza,
y en el arzon de la silla
fija la pupila incierta.
Tan absorta caminaba,
que dejó la brida suelta
al alazan, el cual libre
cruzaba la oscura selva
con tardo paso marchando
por frondosas alamedas.

Ay! Que triste es andar solo
del sol á la luz postrera
por las veredas de un monte,
donde tan solo resuenan
el bronco y pausado arrullo
de un rio, que se despeña
oculto entre verdes sáuces
que la oscura linfa besan,
y el ténue rumor del viento
que, en blando soplo, cimbrea
las seculares encinas,
entre cuyas hojas trémulas
del sol los ya tibios rayos
lánguidamente penetran!
Entonce en el alma flotan,
como en el valle las nieblas,
melancólicos recuerdos
llenos de vaga tristeza:

sombras de ayer, evocadas
al murmúrio de las selvas.
Por eso marchaba el conde
reclinada la cabeza,
y en el arzon de la silla
fija la pupila incierta.
Por eso á su mente acuden
cien recuerdos que le aterran,
cien pasadas aventuras,
cien tenebrosas ideas!
Y aunque en el confin lejano
del horizonte resuena
del trueno el sordo estampido,
y agitándose con fuerza
el viento bate las hojas,
y lentas brotan las nieblas;
no pára mientes en ello
Muñazan, que otra tormenta
mayor en su pecho estalla!
y abatido ante sus penas,
deja con triste abandono
suelta al alazan la rienda,
con tardo paso marchando
por frondosas alamedas....
Mas de pronto su caballo
se espanta, escarba la tierra,
relincha... y el conde Múnio,
levantando la cabeza,
sale por fin del letargo
en que sumido estuviera.
Allá, en el fondo del bosque,

un rumor confuso suena.
Y ante la espantada vista
del conde que alienta apenas;
crispado el cerdoso lomo,
roja la mirada fiera,
rompe un jabalí violento
del bosque la sombra densa,
y con ásperos gruñidos
los huecos del monte llena.
Cual por una fuerza extraña
movido, clava la espuela
el de Muñazan al bruto,
y tras la salvaje bestia,
mudo y trémulo se lanza
en frenética carrera.
Los perfiles de los montes
se estremecen y retiemblan
al bronco fragor del trueno,
que de valle en valle rueda.
Vibra el éter inflamado
por la luz de las centellas,
y cual un engendro suyo
cruzaba el conde la selva.
No sé de terror santo
su alma llenarse pudiera,
que, por vez primera, el conde
como un miserable tiembla!
Las seculares encinas
que en prolongadas hileras
la angosta vía guarnecen,
cien fantasmas le asemejan

que, con ceño airado y torvo,
á su paso le contemplan.
La fresca brisa columpia
las ramas del bosque escuetas,
y Muñazan vé, turbado
por su intranquila conciencia,
secos brazos de esqueletos
que con un giron de niebla
amortajados, le llaman
á dar de sus hechos cuenta.
El relámpago, alumbrando
solo un momento la tierra,
tiñe los nudosos troncos
de luz azulada y trémula;
que entre la sombra parecen
mónstruos de faz macilenta
que de Muñazan se burlan
haciendo una horrible mueca.
Y el aire, que al pasar brama,
voz de gigantes les presta.
Más de tres veces el conde
haberse vuelto quisiera:
mas ¡ay! un secreto impulso
le aguija, y por las veredas
del bosque sigue corriendo
sin saber donde se encuentra!....
El viento que airado zumba
en sus sienes, con voz hueca
va murmurando á su oido
cien maldiciones tremendas.
Las gruesas y escasas gotas

de la lluvia que á la tierra
caen, entre los torbellinos
del aire que gira envueltas,
hacian creer al conde
que, para mayor afrenta
y humillacion, le escupian
los fantasmas con soberbia.
Y las desiguales ramas
en que al caminar tropieza,
son como invisibles manos
que su rostro abofetean!

La niebla ciega sus ojos,
y el ciego rompe la niebla;
siempre corriendo, corriendo
tras de la salvaje fiera.
Ora se oculta á sus ojos,
ó mas lejos vuelva á verla;
siempre tras ella marchando,
siguiendo siempre sus huellas.
Ya ligero el mónstruo vuelve
hácia el conde la cabeza,
y sigue hácia atrás corriendo
en diabólica carrera;
trasformándose á las veces
su hocico en cara de vieja
que se sonríe hácia el conde
con faz repugnante y seca;
y de la maldita bruja,
que el filtro de amor le diera,
vé allí Muñazan el rostro
lleno de congoja y pena!

Y sin poder evitarlo,
sigue avanzando tras ella....
Tres vueltas ya diera al bosque
sin conseguir la saeta
disparar, cuando animado
al verse bastante cerca
del jabalí, con premura
prendió en el arco la flecha,
y disparó por dos veces,
de cólera el alma llena.
Se oyó de dolor un grito.
Lanzó un gruñido la fiera;
y cual si fuese una sombra
quedó sumida en la tierra,
solo tras de sí dejando
una luz que oscila y tiembla,
triste cual de un moribundo
la mirada postrimera.
Una cruz de tosco leño
á su fulgor se contempla,
do en negras letras escrita
así dice una leyenda:
De yuso desta cruz aquí enclavada,
fincó muerto á mansalva é con vileza
el fidalgo é valiente cavallero
Alvar de Soberron é Thames-Hevia.
Quien quier que fuere el matador infame,
en el nombre de Dios, maldito sea!
Sin saber que hacía, el conde
echó al momento pié á tierra.
Destocó la frente: y mudo

cual una estátua de piedra,
quedóse allí arrodillado,
pálido, frio y sin fuerzas.
Sus lábios que se agitaban
convulsos, por vez primera
desde há tiempo, repetian
una oracion. Y con pena
miraba el impío conde
la tosca cruz de madera,
y en medio della clavada
una de las dos saetas
que él arrojára. A su lado,
tendida en el suelo y muerta,
vé, de santo horror colmado,
á la miserable vieja
que algun dia le ayudara
en sus malditas empresas
con las diabólicas artes.
Y allá, mas lejos, contempla
huyendo despavorida
á ocultarse en la arboleda,
y con locas carcajadas
haciendo sonar las selvas;
aquella infeliz María,
la candorosa doncella
que siempre á llorar acude
donde su amor sucumbiera.
Todo lo contempla el conde,
y por eso llora y reza!
Reza, que á su mente acuden
aquellas pláticas tiernas

de Fray Felix, de aquel monge
que, con altiva soberbia,
otro tiempo despreciara.
Y llora, porque recuerda
sus pasadas aventuras!

Ya la horrorosa tormenta
cesado habia. Las nubes,
con paso tardo, se alejan
al soplo de frescas brisas
que esparciendo van las nieblas
cual leve polvo. El lucero
vespertino centellea
en el pálido horizonte;
y el mar á lo lejos suena....

Subió el conde á su caballo:
y, abatida la conciencia,
de Villamayor siguiendo
por la tortuosa vereda,
marchó á buscar en Fray Felix
un consuelo á su tristeza.
¡Dios á Muñazan perdone!
¡Que Dios dé alivio á sus penas!

VIII.

Cuatro lentas campanadas
vibrando con ronco acento
en la torre del convento
que se alza en Villamayor,
anunciaron magestuosas
que brillaba un nuevo dia;
que ya la aurora encendia
las sombras con su fulgor.

A los trémulos zumbidos
los pardos muros temblaron,
y mudas se desplegaron,
en negro bando gentil,
las errantes golondrinas
que de la torre en que estaban,
con cien cantos, saludaban
al primer dia de Abril.

Huyeron como la sombra
de la aurora á los fulgores;
cual los nocturnos rumores
la luz del sol al brillar:
huyeron cual los encantos
que al grito de la conciencia

abandonan sin clemencia
el alma en rudo pesar....

El templo está triste y solo:
callados los anchos ecos;
la sombra llena los huecos,
y rompen la lobreguez
lámparas, que oscilan lentas,
y del ya naciente dia
la luz, aun pálida y fria,
que tiñe el corvo ajimez.

Melancólicas capillas
por negras vallas cerradas,
cuyas sombras—proyectadas
al amarillo brillar
de lámparas, que las rejas
con sus tibios rayos hieren—
parece que, avaras, quieren
mas espacios abarcar.

Oscuros arcos de piedra:
su vuelo gigante asombra;
duerme en sus pliegues la sombra,
brilla en sus líneas la luz;
y su guarnecida clave
que cinceló diestra mano,
se pierde en el aire vano
envuelta en negro capuz.

Cabe una marmórea tumba

que ostenta hidalgos blasones,
ardiendo están cuatro hachones;
vibra su luz funeral,
cual doradas mariposas
que allí perdidas llegando,
á posarse van temblando
en la losa sepulcral.

De las caladas cornisas
penden blancos estandartes.
Silencio por todas partes
reina en la mansion de Dios;
y aquella calma solemne
rompe, con rumor sonoro,
allá en el fondo del coro
de un monge la seca tos;

ó al rasgarse magestuoso
contra las naves el viento;
que al sonar con triste acento
que gime en la soledad,
meciéndose compasados
los estandartes se agitan,
y las lámparas palpitan
flotando en la oscuridad....

Bajo las sombrías bóvedas
un hombre en silencio avanza;
cuanto á ver su vista alcanza
le causa miedo y pesar.

y parece su figura
con las sombras confundida,
una sombra desprendida
de los huecos de un altar.

Era Muñazan, que extraño
de los templos al sosiego,
miraba, de espanto ciego
y mudo de admiracion,
aquella mezcla sublime
de sombra y luz moribunda,
aquella calma profunda
de la sagrada mansion.

Que ver creia en la llama
que en la oscuridad oscila,
la escrutadora pupila
del justo y supremo Juez;
y á su lumbre, como sombras
sus venturas se apagaban,
y en su mente se agitaban
cien recuerdos á la vez.

Que contemplaba llorando
un sepulcro enmohecido,
donde un guerrero esculpido
se vé al cárdeno fulgor;
y que temblando escuchaba
los cánticos plañideros
que allá los monges austeros
entonaban con fervor.

Los cuales, ya débilmente
por los cláustros se extinguian,
ya mas cercanos se oian
por las naves repetir;
como el rumor de las olas
que ya se alejan gimiendo,
ya vienen con ronco estruendo
en las playas á morir.

Tras un momento de duda,
con mirada vacilante
miró en redor un instante
lleno de miedo y de afan;
y con paso incierto y débil,
turbada la vista en llanto,
al pié del sepulcro santo
triste llegó Muñazan,

Y allí meditó un momento
sumido en honda pavura;
despues, lleno de amargura,
con respeto se postró;
y, *perdóname, Alvar*, dijo
con voz ténue y apagada,
y su vengadora espada
sobre la tumba rompió.

Saltó la cortante hoja
por los espacios girando;
y entre las sombras silbando
marchó el agudo metal,

como entre la selva oscura
la venenosa serpiente,
como el acento doliente
del furioso vendabal.

Siente el conde que la vista
poco á poco se le empaña,
y girar en forma extraña
el templo un instante vé:
en el marmóreo sepulcro
se apoyó desvanecido,
y pálido y sin sentido
cayó del sepulcro al pié.

Lentas las campanas giran
con lánguido son doblando.
Fúnebres salmos cantando,
en la mansion de la paz
los cenobitas entraban
con hachones brilladores,
y á sus tibios resplandores
vése líbida su faz.

Vá á celebrarse solemne
en el templo solitario
el segundo aniversario
por Alvar de Soberron;
por eso lúgubres sones
el metal sagrado lanza;
por eso en el templo avanza
la fúnebre procesion.

Al presbiterio llegaron.
Temblando en el vago viento,
del órgano el suave acento
se oyó en los ecos latir,
cual si crugiesen los goznes
de las puertas eternales,
y legiones celestiales
las empezasen á abrir.

Y los monges con cien salmos
de pavor el alma llenan,
que en las anchas naves suenan
rodando en bronco tropel....
Como los vientos que gimen
en las grietas de una tumba,
así en las bóvedas zumba
el eco del canto aquel:

«Señor, porque de tu mano
sentí el peso noche y dia,
se albergó en el alma mia
remordimiento fatal,
que agitando mi conciencia,
dejó desierta mi alma
de la bienhechora calma
en amargura mortal.

Señor Dios, no me reprendas
de justo furor colmado;
ni me castigues airado.
¡Compadécete, Señor!

Porque del pecado al peso,
desfallecen mis sentidos
y mis huesos conmovidos
vacilan en su dolor!»

A los pavorosos sones
que pueblan el aire extenso
y al santo olor del incienso,
volvió el conde Múnio en sí;
y prosternándose humilde,
tornó al cielo la mirada,
y gritó con voz ahogada:
—«Dios santo, yo creo en tí!»

Volvieron los cenobitas
asombrados la cabeza;
y uno dellos con presteza
fué hácia el conde y con afan,
y le abrazó cariñoso
cual queriendo consolarle,
exclamando al abrazarle:
—«Desdichado Muñazan!»

Miráronse con ternura,
cual recordando asombrados
hechos y tiempos pasados;
y unidos allí los dos
en dulce y fraterno lazo,
vertiendo llanto prolijo
el conde Múnio le dijo:
—«Fray Felix, ya creo en Dios....!»

Ay! por algo la tormenta
bramando los aires hiere,
y allí donde un hombre muere
se clava una tosca cruz!
Por algo brotan las sombras
y el viento se rasga en ellas,
y las convulsas centellas
vibran con cárdena luz.

Por algo encierra en los templos
el Arte sombra profunda:
por algo su espacio inunda
dulce armonía tambien!
Por algo lúgubres cantos
resuenan por todas partes;
y oscilan los estandartes,
y tristes luces se ven!

Bendito seas, Dios Santo!
Tú que al hombre impío pasmas,
descoloridos fantasmas
trazando en la oscuridad:
Tú que con la voz del trueno
los anchos espacios hiendes,
y con tu mirada enciendes
del éter la inmensidad.

Tú que al hombre que engreido
te niega de orgullo lleno,
le llamas á Tí del trueno

con la misteriosa voz;
y alumbras sus ojos ciegos
por negra duda inclemente,
con la ráfaga luciente
del relámpago veloz.

IX.

Apenas medio lustro trascurriera
y allí donde en las sombras del misterio
sumido el jabalí despareciera:
del tranquilo Bedon en la ribera,
se alzaba un monasterio.
Bajo sus negras bóvedas sombrías,
cambiando del festin por los rumores
los lúgubres monótonos clamores
de tristes salmodías;
los vistosos arreos militares,
y el lúbrico bullicio
de impúdicas mujeres y juglares,
por las ropas talares
y el áspero cilicio;
lloraba Muñazan con amargura
de su pasada vida la locura.

Madrid, Junio de 1880.

Véndese á **CUATRO REALES** en las principales librerías.

BIBLIOTECA PÚBLICA DEL ESTADO

Búrgos, 1880.—Imp. de la viuda de Villanueva.

5

B
52
(6